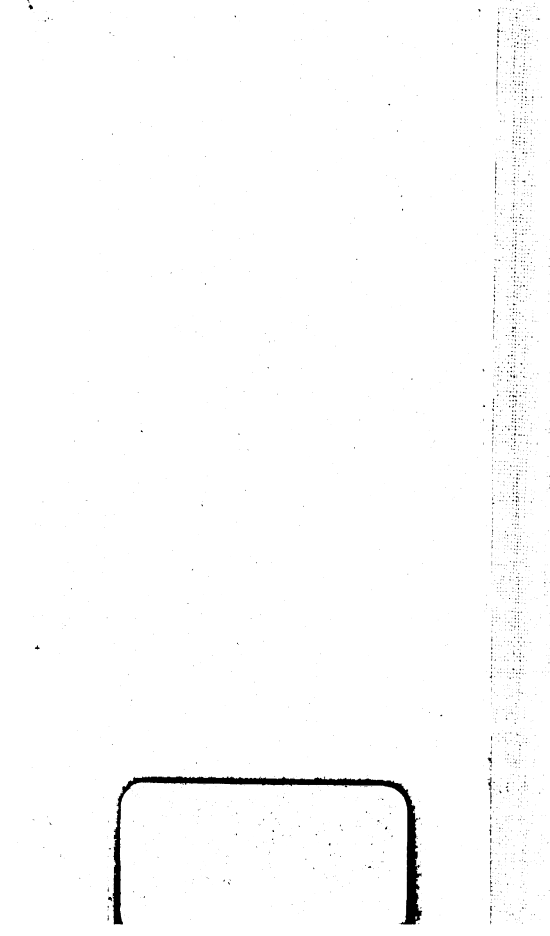
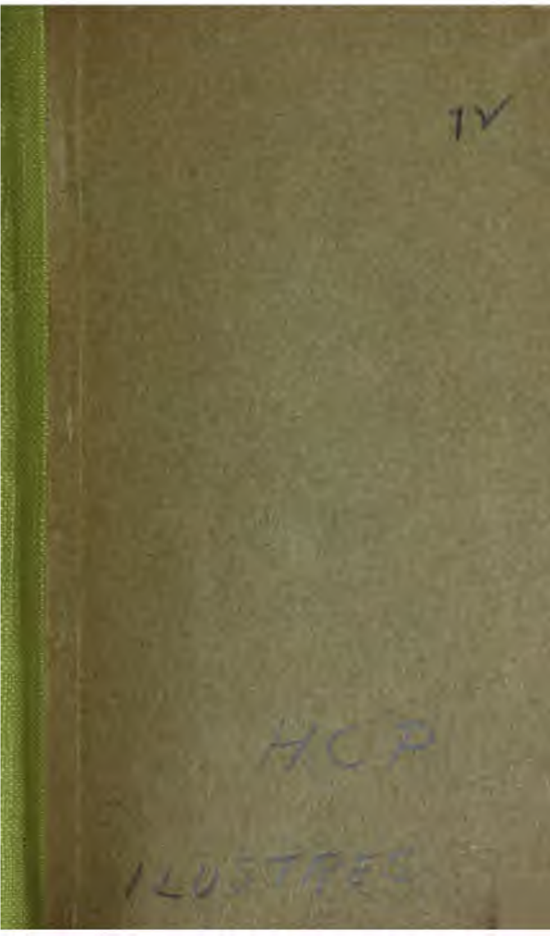





HCP
ILUSTREE

ILUSTRES AMERICANAS.

IMPRENTA DE DAVID,
BOULEVARD POISSONNIÈRE, Nº 6.



[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

ILUSTRES

AMERICANAS.

—Vosotras poseeis el fuerte encanto
De inspirar la virtud á una mirada.

VERA.



PARIS,
IBRERIA DE LA VIUDA DE WINCOP
CALLE SAN LUIS, Nº 48.

1825.

C. H.

ILUSTRES AMERICANAS.

—Vosotras poseeis el fuerte encanto
De inspirar la virtud á una mirada.

Vera*.

Sin embargo de que muchos célebres escritores han tratado con alguna extension de la influencia que egerce el bello sexo en las costumbres, la glo-

*V. Contestacion del egército libertador del Perú á las chilenas.

ria y la felicidad de las naciones, nos ha parécido oportuno tocar esta materia, aunque con la posible brevedad, para tener ocasion de consignar en nuestra obra varias acciones de nuestras amables compatriotas, que ó por sublimes ó por generosas, merecen conservarse en la memoria del tiempo.

La providencia, al crear á la muger, parece haberse propuesto por obgeto colocarla como de mediadora entre la

aspereza natural y la capacidad sentimental del hombre. La belleza y la elegancia de su figura, su graciosa vivacidad, su dulzura encantadora, su prontitud en concebir, su fecunda inventiva, y el poder de agradar, son los dotes que recibe la muger de la naturaleza, en cambio del mayor grado de fuerza y robustez con que se presenta el hombre. Su imaginacion, mas ardiente que la de este, autora á veces de sin sabores y des-

gracias, en general la hace mas sensible, modesta, dócil; la inspira en mas alto grado sentimientos de benevolencia, de amor, y ternura; y si por una parte la hace mas susceptible de estravíos, por otra tambien la predispone á ser mas virtuosa que el hombre. Siempre pronta á egercitar su beneficencia, se deleita en aplicar un bálsamo saludable á las heridas de los desgraciados: la cama del enfermo y los calabozos son antiguos tes-

tigos de su bella índole. « Por el capitan Carver, y otros autores que han descrito las costumbres de las tribus salvages del nuevo mundo, » dice Gisborne,* « tenemos noticia del afecto conyugal y maternal de las mugeres entre los indios de la América Septentrional; y esta cualidad es tanto mas señalada en aquellas relaciones, cuanto que el lector no puede dejar de contrastarla

*V. An inquiry in the duties of the female sex. London, 1797.

con la triste apatía de los hombres. El almirante Viron, en la narracion que hace de las calamidades que él y sus compañeros sufrieron despues de su naufragio cerca del estrecho de Magallánes, menciona varios hechos de la compasiva benevolencia con que fueron tratados por las mugeres de las familias indianas que los conducian; hechos que, como los anteriores, se presentan con todas las ventajas del contraste. Por no multiplicar au-

toridades y citas sobre una materia que no es dudosa en sí, y que dificilmente puede serlo para el lector, me limitaré á insertar con preferencia á todo otro testimonio, la declaracion de un hombre que, como Ulises en otro tiempo,

« — Mores hominum multorum vidit et urbes ; »

habia viajado por regiones muy distantes entre sí (que era buen observador), y habia experimentado en casi todos los paises que visitó el mayor peso del infortunio. Expon-

dré su sentir en sus propias palabras. «Constantemente he notado * que las mugeres en todos los paises son urbanas, atentas, indulgentes y humanas; que están siempre dispuestas á ser alegres y joviales; que son medrosas y modestas, y no vacilan como los hombres para hacer una buena accion. Sin soberbia, sin

*V. Account of Mr. Ledyard in the proceedings of the association for making discoveries in the interior parts of Africa. London, 1790.

arrogancia, sin alterania, son en extremo corteses y amantes de la sociedad; por lo comun son mas frájiles que el hombre, pero en cambio tambien son en general mas virtuosas, y hacen mayor número de acciones buenas. Jamas me he dirijido á una muger, salvage ó civilizada, en términos decentes y amistosos, que no me haya contestado del mismo modo. Con el hombre me ha sucedido muchas veces lo contrario. Vagando por las

áridas llanuras de la inhospitable Dinamarca, por la honrada Suecia y la helada Laponia, por la agreste Finlandia, la inculta Rusia, y las inmensas regiones del Tártaro, errante, si tenia hambre, sed ó frio, si estaba mojado ó enfermo, siempre me han socorrido y favorecido uniformemente las mugeres. Agregaré á esta virtud, tan digna del nombre de benevolencia, que hacian aquellas acciones con tanta franqueza y cariño, que

cuando estaba sediento, bebia el mas dulce trago, y cuando hambriento, comia con doble gusto el bocado ordinario.»

Con su trato y egemplo suaviza y mejora la muger los modales, las disposiciones, y la conducta del otro sexo. Su organizacion mas delicada haciéndola comunmente menos apta para perserverar en la egecucion de empresas árduas que demandan mucho teson y energía, le señala casi siempre por teatro de sus opera-

ciones el tranquilo y delicioso círculo de la vida doméstica. A la manera de mansos arroyuelos, que amenizan los valles con un silencioso abandono, el mayor número de las mugeres recorre la escena del mundo, embelleciendo los dias de sus padres, hermanos y de cuantos las rodean, sin otra pretension que la de agradar. Sus encantos distraen al literato y al hombre de negocios de las ocupaciones serias, que quizá por amor á ellas em-

prendieron, estimulándolos para proseguir sus tareas con nuevo ahinco. En suma, son las amigas de los jóvenes, las compañeras de los hombres maduros, y las nodrizas de los viejos y de los niños.

De aqui es, que en todos tiempos han tenido tanta influencia en el destino de las naciones, cuyo estado egerce tambien recíprocamente un grande influjo en la suerte de las mugeres. La libertad y el despotismo, la civilizacion y

la barbarie, obteniendo alternativa posesion de la tierra, dulcifican ó acibarán la existencia del bello sexo. En Francia y en Inglaterra, en donde la sociedad ha llegado al mas alto grado de cultura, es universal su dulce imperio; y á medida que la educacion despliega sus grandes disposiciones naturales, va tambien en aumento el justo homenage de aprecio y de consideracion que alli se tributa á la mas bella parte de nuestra especie.

Pasando al extremo opuesto, vemos que los salvages dan á las mugeres el trato mas inhumano. Los indios errantes, los hotentotes, y demas bárbaros, gradúan el mérito de la muger, como nosotros el de la béstia de carga: su constancia en el mas duro trabajo y su resistencia en las mayores fatigas, son las cualidades requeridas por sus perezosos amos, para considerarlas buenas esposas é hijas. Aun en semejante estado de dura es-

clavitud y miseria, manifiestan su superior sagacidad, y excelente inclinacion, y por medio de ellas obtienen influjo. Su docilidad y sumision, doman á veces la ferocidad de aquellos corazones de piedra. ¡Cuántos hombres civilizados no deben su vida á la intercesion de aquellas desdichadas! Cuando sus ruegos eran inútiles, ¡cuántas no se han expuesto á la venganza de sus tiranos, por libertar á las víctimas que iban á sacrificar!

Mas el carácter de madres é instructoras de la juventud, es el que acaba de dar á las mugeres la mas alta importancia entre las naciones civilizadas. Nadie duda del dominio que egercen las primeras impresiones durante el resto de la vida: por consiguiente nada puede interesar mas á los estados, que el procurar que aquellas impresiones sean buenas. El bello sexo viene á ser como el sembrado, en que el otro recoge las semillas de

sus preocupaciones, de sus vicios y virtudes: de aqui la necesidad de perfeccionar en lo posible su educacion. Hablando de los franceses, dice asi J. J. Rouseau: «Nunca serán los hombres otra cosa que lo que quieran las mugeres; y por consiguiente si se aspira á que lleguen á ser grandes y virtuosos, es necesario comenzar por enseñar á aquellas en lo que consiste la grandeza y la virtud.» Una corta dósis de penetracion

basta para convencernos de que esta verdad es de una aplicacion universal. Los Ingleses se han esmerado siempre mucho en la educacion de las mugeres; y por esto vemos que sus costumbres exceden en pureza á las de los otros pueblos. Es un error, que desgraciadamente tiene todavía bastante acojida, el suponer que la ilustracion perjudique á su moralidad. En ellas, como en los hombres, producen las luces unos

mismos efectos: las mas instruidas son tambien las mas virtuosas: lo son por conviccion, por el conocimiento que tienen de sus verdaderos intereses. Las que carecen de estas ventajas, sucumben con facilidad.

No hace sin embargo, muchos años, que aun en Inglaterra y en Francia, se creia que las facultades mentales de la muger tenian sobrado campo para su desarrollo y egercicio en la estrecha esfera de

los asuntos domésticos; y se creia esto apesar de los repetidos y recientes egemplos, que presentaban las señoras Montagu, Dacier, Sevigné, y otras, de la altura á que es capaz de elevarse su ingenio. Se juzgaba que los estudios sérios, no solo eran supérfluos sino perjudiciales al bien estar de la muger; y estaban casi enteramente monopolizados por el otro sexo. Al fin se empezó á hacerlas justicia. Tanto en los seminarios como

en la enseñanza privada, se introdujo al lado de las adquisiciones de mero adorno, la instruccion sólida que ilumina el entendimiento y fortifica el espíritu. Ademas de las palpables utilidades morales que en ambas naciones ha producido este sistema equitativo y benéfico, ha desenvuelto tambien talentos extraordinarios: en una y otra se encuentra en el dia un número considerable de señoras que han brillado en el mundo lite-

rario, y aun trepado el Parnaso á competencia de los primeros poetas del siglo. Es de desear que resultados tan lisongeros promuevan la adopcion de iguales medios en otros pasies.

El entendimiento de la muger, mas fino que el del hombre, percibe con mas rapidez, penetra mejor las diferencias delicadas de los obgetos, y, debidamente cultivado, suele producir resultados asombrosos. Adornan el catálogo de los sábios, los nombres de

muchas señoras ilustres, que á veces han igualado y aun excedido á los hombres en la espinosa carrera de las ciencias sublimes y de las bellas artes. «Una inteligencia superior,» dice el señor Jouy,* «ha empuñado en todas las edades el cetro del pensamiento; sucesivamente egercieron este imperio en Francia, Descartes, Corneille, y Voltaire. ¿A qué hombre pertenece en

* La morale appliquée à la politique; par E. Jouy. Paris, 1820.

el dia? Entre tantos méritos iguales, entre tantas glorias paralelas, no me atreveré á pronunciar el fallo. Si me obligaran á elegir, yo adjudicaria la palma, y proclamaria sin vacilar, por el primer ingenio del siglo á una muger que ya no existe, á madama de Staël. No me alucino mas que otro alguno acerca de los errores de esta célebre escritora. Conozco la extravagancia de varias de sus opiniones en moral, en política y en literatu-

ra. Con todo, creo que ningun autor de este tiempo ha dejado en sus obras huellas mas profundas y luminosas. Ella ha sabido vivificar su estilo; ha pintado con calor, y explicado con elocuencia algunos de los arcanos de la metafísica; y ha hecho aparecer con brillo aquella filosofia del Septentrion, cuya oscuridad es tan triste y tan desconsoladora. En sí misma, encontró la fuente de su talento; y sus ideas independien-

tes han efectuado una reaccion sobre las ideas del público.»

Abrase en cualquier parte la historia antigua y moderna, y no solo encontraremos alli multitud de egemplos que acreditan la influencia del sexo delicado sobre el fuerte, sino tambien multitud de modelos de constancia, magnanimidad y valor, de presencia de ánimo, y sufrimiento en los peligros.

« Las sagradas escrituras

manifiestan (dice Jouy),* « que los judíos, hombres sensuales y groseros, moderaban sus costumbres crueles y fanáticas por la actractiva inocencia de sus mugeres. Las hijas de Sion se parecian, segun la comparacion bíblica, á las fuentes de agua viva en las rocas de Ghizer: sin las Saras, las Rutes, las Raqueles, aquellos hombres sanguinarios, habrian sido unos monstruos de crueldad.

* La morale appliquée à la politique, etc.

«Lo mas tierno y amable que se encuentra en la historia del pueblo de Dios, se debe á las mugeres: era una madre aquella Etaim «que no queria la consolasen por la murete de sus hijos: vivia solitaria, y su dolor temia el alivio.» Eran tambien hijas de Israel, las que en el cautiverio cantaban tan patéticamente lo que sigue:

«Sentadas á la orilla de las aguas de una tierra estraña, hemos llorado al acordarnos

del triste dia en que el enemigo enrojecido de sangre, amontonó los cadáveres sobre las alturas de Jerusalen, donde fueron dispersadas las hijas de Sion, y se espatriaron gimiendo.

«Mirando estabamos las ondas que se deslizaban á nuestros pies; pidiónos entonces el estrangero que cantásemos; mas no, jamas gozará este horrible placer. ¡Antes se extinga mi voz; séquese mi mano antes que pulsar, para

que la oigan nuestros tiranos, una sola cuerda del harpa de Israel.

« Harpa santa, colgada te dejo de las ramas del sauce; y nunca te descolgaré hasta que sea libre: la voz de los crueles que me rodean, no se mezclará jamas con tu dulce armonía. »

« ¿ Habria encontrado un hombre acentos tan sencillos y afectuosos?

« Una sola observacion histórica basta para hacer pal-

pable la influencia del bello sexo entre los antiguos: todos los pueblos que honraban á las mugeres fueron virtuosos; y al contrario, todos los que las esclavizaban, vivian envilecidos. Las persas eran esclavas de sus maridos, y estos lo eran de todo el mundo: las espartanas fueron libres y veneradas; tenian héroes por esposos é hijos; todas estaban en el caso de contestar, como lo hizo la muger de Leónidas á un sátrapa que manifestó su

sorpresa, al ver la igualdad que reinaba en aquella república: «aqui no se hecha en olvido, (dijo) que nosotras somos las madres de los hombres.»

Por todas partes encontramos la influencia del bello sexo. ¿Quién inspiró á los griegos aquel amor sublime de la patria, que ya los impelia á inmortalizar su valor en la defensa de sus hogares, y ya á producir obras maestras que llenarán de admira-

cion á la mas remota posteridad? á quién debió Roma la expulsion de los Tarquinos, y su libertad? ¿quién la salvó del orgullo y la venganza de Coriolano? ¿quién disminuyó el horror de las proscripciones de Mario y Sila? ¿Podrán olvidarse jamas las mártires del cristianismo; las europeas de la época de las cruzadas, y de la caballería andante, las numantinas, las sagustinas, y las españolas al tiempo de la invasion de la Península por

Bonaparte? Las francesas del tiempo de Atila, y de Carlos VII; las suizas, las holandesas, las inglesas y las alemanas, ¿no sobresalieron tambien por sus virtudes cívicas, su generosidad y desprendimiento durante las sangrientas convulsiones politico-religiosas de aquellos paises?

¡Qué lecciones tan admirables, qué egemplos tan honoríficos á nuestra especie nos ofrecen las mugeres en esa revolucion de Francia, tan

terrible en sus consecuencias inmediátas, como benéfica á la presente y las venideras generaciones! Las mismas mugeres que tanto contribuyeron á acelerar la época de aquella revolucion, y tanto se distinguieron despues que estalló, por su frenética decision á favor de los formas democráticas, son las que en el reinado del terrorismo dieron, sin renunciar á sus principios, las mas relevantes pruebas de grandeza de alma. «Durante

aquellos dias de luto (dice el señor Jouy), «se transformaron las mugeres en ángeles de valor y de consuelo; y daban á los hombres egemplos de las mas heróicas virtudes. Aqui se veia una esposa muriendo con su marido que no pudo salvar; mas allá una hija liberta la vida de su padre exponiendo la suya propia; otras mil se disputan el placer de dar asilo á los proscriptos que apenas conocen, y sin detenerse á examinar si el cadalso ha

de ser el premio de su generosidad. Todas se consagran á porfia al alivio de los desgraciados; su existencia ya no es mas que una vida de amor: ningun temor las detiene, ningun riesgo las asusta: no perciben ni uno ni otro, solo ven el peligro ageno.»

Mas ¿para qué mendigar de la historia de otros pueblos modelos que ensalzan el carácter del bello sexo? acaso carece de ellos la de nuestra gloriosa lucha por la independencia?

Lejos de esto, hallamos á cada paso acciones sublimes que señalan á las americanas un puesto eminente entre las mugeres mas distinguidas del mundo. La decision que desplegaron por la causa de su pais; sus generosos sacrificios para sostenerla; su impertérita constancia en los mayores reveses; su vivo entusiasmo á favor de los defensores de la patria, con quienes competian á veces en valor; la noble humanidad que sin cesar desplegaron ácia los

vencidos; son hechos por sí solo suficientes para honrar el bello sexo americano, y hacernos capaces de graduar el influjo que egerce en los destinos de su pais. ¡ Demasiado tiempo habeis pasado marchitandoos en la oscuridad! ¡ oh amables y queridas compatriotas; igualmente olvidadas por unos, y calumniadas por otros! ¡ Ah! quién pudiera celebrar dignamente vuestras altas virtudes! Quién pudiera exclamar con Ossián ¡El trovador conser

vará vuestros nombres, y los trasmitirá á las edades lejanas!

Entre la multitud de acciones interesantes que hermosean la carrera de nuestra revolucion, es dificil elegir. Aun antes de aquella época se proporcionó á las bellas argentinas una ocasion de señalar su consagracion al pais de su nacimiento. La invasion del Rio de la Plata por los ingleses, en 1806 y 1807, desenvolvió en ellas el gérmen de esta virtud. «Muger hubo, (dice el doctor

Funes),* cuyo postres á Dios, fue decir á su marido: *no creo que te muestres cobarde, pero si por desgracia huyes, busca otra casa donde te reciban.* » No satisfechas con exortar y animar á los hombres á la resistencia, se precipitaban en medio de la carnicería del campo de batalla; distinguiéndose entre todas doña Manuela Pedraza, quien fue premiada por

* V. Ensayo de la historia civil del Paraguai, Buenos Aires y Tucúman; tom. III. Buenos Aires 1817.

su heroicidad, con el grado de teniente. Batidos los ingléses y prisioneros, tuvieron ocasion de conocer, y han confesado, que no es facil exceder la generosa hospitalidad de las porteñas.*

Vino luego el dichoso dia en que Buenos-Aires sacudió las cadenas que la ligaban á la

** V. Narrative of Sir Home Popham's expedition to the River Plate, with an account of the events connected with the subsequent loss of Buenos Aires, etc. Lond. 1807.

Península; y desde entonces se abrió un campo inmenso al patriotismo de sus hijas. Su desinteres ya no conoce límites: las joyas de las ricas; el trabajo de las pobres; el entusiasmo de todas; socorren al tesoro nacional. Los papeles públicos, recordando las acciones ilustres de aquellos dias en que rayó la aurora de la libertad, han conservado los nombres de tantas señoras que contribuyeron con mano pródiga á la defensa de la causa

de la patria. Las madres excitaban á los hijos, las hermanas á los hermanos, las esposas á los esposos, para que arrostrasen los peligros y sostuviesen la independencia. No pudiendo por su constitucion tomar las armas, las Quintanas y Escaladas, las Buchardos y La Salas, las Castellisi Peñas, las Sanchez, el Igarzabal, y otras varias, concibieron la bella idea de presentar fusiles al gobierno para que se repartiesen entre los defenso-

res de su pais; suplicando se gravasen en ellos sus nombres para estimular al guerrero á no perder aquella prenda de la estimacion de sus conciudadanas, y para conferir á estas el derecho de reconvenir al cobarde que hubiese abandonado el arma, que debia repeler al enemigo.* Las calamidades de esta guerra ofrecieron á las porteñas nuevos medios de extender su mano consoladora á

* V. Gazeta ministerial de Buenos Aires, de junio 26 de 1812.

los desgraciados: los prisioneros españoles, los proscriptos de los diversos partidos, todos sin excepcion recibieron pruebas de su compasiva beneficencia.

Llegado el primer egército auxiliar de Buenos-Aires, á un punto de las inmediaciones de Córdoba, en que debia mudar caballos para pasar adelante, se presentó al general en gefe, don Antonio Balcarce, con el número suficiente de estos animales la viuda del maestro de

posta, y le dijo: «Mi general, acepte V. S. estos caballos para el servicio de la patria.» Aquel gefe, sabiendo que ellos constituian todo su patrimonio, elojió su desinteres, pero al mismo tiempo la hizo ver que las circunstancias no exijian semejante sacrificio, y dió órden al comisario para que la pagase. Pues bien, (replicó), «ya que V. S. no los necesita por ahora, considérelos siempre como propiedad pública: disponga de ellos cuando la

salud del pais lo exija ; yo los cuidaré mucho con este obgeto. Llévelos V. S. hasta donde guste ; pero le ruego que no me confunda con la gente mercenaria, y no me agravie ofreciéndome dinero.» Asombrado de este rasgo de patriotismo, quiso el general persuadirla que sus deberes de madre de familia, merecian la preferencia sobre todos los demas. No, (le contestó), «mis bienes, mis hijos, mi persona, todo pertenece á la patria: todo lo debo

á ella, y todo lo sacrificaré gustosa por su felicidad y por su gloria.» A esta elocuente exposicion de sus bellos sentimientos, no habia respuesta que dar: se le concedió lo que solicitaba, y al frente de sus peones, tuvo ella la dulce satisfaccion de trasportar el egército gratuitamente hasta la siguiente posta. Un testigo de vista, persona de todo crédito, que nos ha favorecido con la relacion de este pasage, no ha podido, por desgracia, acor-

darse ni del lugar de residencia, ni del nombre de aquella buena patriota.

«En setiembre de 1810, pasaba el egército auxiliar de Buenos-Aires por la posta de Monogasta, en la jurisdiccion de Santiago del Estero. El representante del gobierno, don Juan Jose Castelli, con el general en gefe y otros oficiales de su comitiva, entraron á ella á descansar mientras se hacia el relevo de caballos para continuar su marcha: La casa de

la posta y las gentes que la habitaban, eran un retrato de la miseria, que á cada paso aflige en nuestros campos la vista del viagero, haciéndole pensar involuntariamente en los efectos que causa un gobierno establecido á miles de leguas de distancia, y que, imitando la conducta de los salvages del Canadá, no conoce otros medios de recoger el fruto, que destruyendo el árbol que lo produce. Parecia imposible que en este asilo de la indigen-

cía, hubiese un alma espansiva capaz de salir de la humilde esfera en que se presentaba alli la raza humana, y remontarse hasta lo sublime del entusiasmo patriótico. Entre los què habitaban aquella choza, llamaba la atencion por su notable ancianidad una muger, que desde que vió la lúz, nunca se habia alejado hasta perder de vista el lugar de su nacimiento. Trasportada de gozo al saber el destino de sus huéspedes, tomó con su trémula mano

una flor del campo, y la presentó al señor Castelli: este la recibió con expresivo agrado, y movido de la natural curiosidad que excitaba la abuela de aquella humilde familia, la preguntó cuantos años tenia: su contestacion fue una sonrisa, y nadie congeturó al principio su motivo; pero instándola mucho á que no le dejase en duda sobre su edad, le dijo: «*señor, yo no soy tan vieja como parezco, no cuento sino cuatro meses de edad.*» Esta

respuesta sorprendió á Castelli y á todos los circunstantes ; y estrechada la vieja á explicar el enigma añadió: «*Sí*, *señor*, *nací el* 25 *de mayo* ;* *hasta entonces no he vivido un solo dia.*» Al decir estas palabras, la naturaleza animaba su voz, y su semblante surcado por el tiempo, brillaba de una alegría que interesaba aun mas que la que acompaña á veces la be-

* Dia en que Buenos Aires hizo, en el año de 1810, su gloriosa revolucion.

lleza en la primavera de la vida. »*

Antes de proseguir con la relacion de hechos patrióticos, igualmente admirables, no queremos privar á nuestros lectores de un rasgo de amor filial, con que una muger lavó la afrenta de bajeza, que por lo comun se supone inseparable de la servidumbre. En 1815, habia en Buenos-Aires un caballero ingles

* Censor de la revolucion, nº 4. Santiago de Chile 1820.

que tuvo conocimiento con una esclava, á quien cobró mucha aficion, tanto por su interesante figura, como por sus buenos sentimientos, muy superiores á los que generalmente poseen esas míseras víctimas de nuestra codicia. Por último, le ofreció los quinientos pesos en que estaba tasada para que se libertase. Ella le dió las gracias, y le manifestó que no podia hacer uso del dinero en su favor; mas insistiendo aquel en que aceptase

su oferta, y estrechándola á que declarase el motivo de su resistencia, le dijo bañada en lágrimas: «¿Podré yo gozar de los beneficios de la libertad, mientras mi madre sea esclava? « Haz, pues, uso de este dinero para libertar á tu madre « la contestó sorprendido el estrangero: « tómalo y cumple tan sagrado deber. » Entonces admitió los quinientos pesos; y enagenada de gozo, voló á ponerlos á disposicion de su ama. En consecuencia,

quedó libre la madre y esclava la hija, no por falta de generosidad de parte de su señora, si no porque estimaba tanto sus buenas cualidades, que á ningun precio queria perderla; y asi era tratada en la casa, no como criada, si no como compañera.

¡Qué de egemplares brillantes, de consagracion patriótica no ofrecen las mugeres de Chuquisaca, Cochabamba y la Paz! Luego que estalló la revolucion en estas ciudades, se

vió al bello sexo animado de un entusiasmo extraordinario. El general Nieto,* instruido de la adhesion de las chuquisaqueñas al nuevo sistema, proscribió á muchas señoras distinguidas, despues que sofocó la primera conmocion popular, acaecida en la ciudad de la Plata ó Chuquisaca en 1809. A doña Teresa Lemoine, de una de las principales familias, y que se habia señalado por

* Presidente de Charcas en aquella época.

su amor á los derechos de su pais, le confisco los bienes; la condenó al destierro de Lagunillas;* y la obligó á trasladarse alli con nueve criaturas, á pie, por caminos escarpados y desiertos, sin el menor auxilio para su manutencion ó abrigo. La resignacion y firmeza que mostró esta señora, harian honor á una romana del tiempo de la república. No

* Horroroso páramo, cincuenta y una leguas distante de Chuquisaca, y veinte y dos al O. de Potosí.

se imutó cuando le intimaron la crual sentencia: no se humilló ante el tirano: en vez de pedir perdon, que quizás habria obtenido, dijo á los que se compadecian de su suerte: «La aurora de nuestra felicidad acaba de nacer: una nube pasagera la oscurece: para disiparla hemos menester constancia, y ¿podrá haber patriotismo si se renuncia á esta virtud?» En efecto, se mantuvo en su destierro, hasta que los patriotas la sacaron en triunfo.

¡Cómo se engañaron los gefes españoles, al figurarse que medidas de esta clase intimidarian á las americanas! Ellos querian privar á la causa de la independencia del poderoso influjo del bello sexo; ¡ qué poco conocian el carácter de nuestras compatriotas! En lugar de disminuir, aumentaban su decision con las violentas é inhumanas providencias que espedian.

La victoria de Suipacha, ganada por el general argentino,

Balcarce sobre Nieto, el 7 de noviembre de 1810, abrió á los patriotas las puertas de Chuquisaca. Castelli, á su entrada fue cumplimentado por diputaciones de todas las autoridades y cuerpos. El bello sexo envió tambien la suya á su encuentro, presidida por doña Mercedes Tapia. Esta preciosa jóven, vestida de blanco, con su largo cabello de ébano suelto sobre sus bellos hombros, con un semblante en que estaban impresos los sublimes

sentimientos que agitaban su alma, y con ademanes de una dignidad natural, que realzaban lo interesante de su figura y la elocuencia de sus palabras, pronunció en presencia de Castelli y de su comitiva, una arenga, en que recordando los ultrajes de su patria, arrancó lágrimas á todos los circunstantes: hasta las encendidas mejillas de los guerreros se sintieron humedecidas. ¿Cómo ha sido posible (dijo), que por tanto tiempo sufriése

mos el ignominioso espectáculo de ver á nuestros compatriotas degradados al extremo de tener que renunciar á las nobles prerogativas que los elevan tanto en nuestra estimacion? Y ¿quiénes son los que asi encadenaron las fuerzas físicas y mentales de nuestros padres, hermanos y queridos? Unos hombres vulgares, rapaces, sin educacion, y sin moral. ¿Os sometereis por mas tiempo al oprobio de ser esclavos de gente advenediza?

¿Consentiréis que vuestras madres, vuestras hijas y queridas se abatan por mas tiempo ante esos extrangeros, tan orgullosos como avaros é ignorantes? No, yo leo en vuestros varoniles rostros, que estais determinados á sacudir para siempre tan humillante yugo. En cuanto á nosotras, no habrá sacrificio que no hagamos gustosas: mientras los tiranos ocupen un solo palmo de nuestro pais, nada nos distraerá de los medios de salvarlo. Aqui están

nuestras alhajas, las prendas de vuestro amor. ¿Podemos acaso emplearlas mejor que en vosotros mismos? Si volveis vencedores, ¿no os contentareis con vuestras virtudes? Si sois vencidos, ¿habrá americana que quiera adornarse para agradar á los esterminadores de sus compatriotas? Pero al desprendernos de vosotros; ¿no renunciamos á todo? Corred, pues, á las armas, id, y mostrad en el campo de batalla hasta dejar sellada con san-

gre, vuestra libertad y la nuestra; que sois los defensores de nuestros hogares, de nuestros derechos, los sostenedores de la América, sus dignos hijos. Si fuere necesario cooperaremos nosotras tambien con el fusil al hombro, y el sable en la mano. En vuestra ausencia tegeremos guirnaldas con que orlar vuestras valientes sienes: cuidaremos de los enfermos y heridos; trabajaremos para nuestra subsistencia, y la de los huerfanitos que dejareis á.

nuestro cargo. Marchad, y volved victoriosos.» Al escuchar semejantes palabras, ¿ quién creeria que se pronunciaban en un lugar largo tiempo dominado por el despotismo inquisitorial? Los efectos del discurso de la hermosa Mercedes Tapia, sobre aquella reunion, fueron como los del trueno acompañado de lluvia en un caluroso dia. Despues del desgraciado suceso de Guaqui*

* Accion ganada por las tropas españolas mandadas por el indigno

se posesionaron los españoles de Chuquisaca; y como era natural, una de las señoras mas perseguidas, fue nuestra oradora. No ostante, vivió lo suficiente para morir consolada: idólatra de su patria, cuando recibió la noticia de la victoria ganada por los patriotas en Salta,* espiró en el acto de puro gozo. Parece que el cielo

americano Goyeneche, el 20 de junio 1811.

* El 20 de febrero 1813, por el general Belgrano.

se propuso conservar aquella benemérita americana, solo para darle este placer pasagero, y que quiso ahorrarle las angustias que le habrian ocasionado los grandes y repetidos reveses que posteriormente sufrieron los independientes.

Nos estremecemos al recordar las escenas cruentas de los españoles en la Paz; mas sin ellas, no habria brillado tanto la virtud de sus hijas. Habian estas abrazado con ardor la

causa de la independencia, y cooperado á elia por cuantos medios estaban á su alcance; asi fue que los opresores de América las hicieron sufrir las mas crueles persecuciones, y los mayores padecimientos que puede haber para corazones sensibles. ¡ Desgraciadas pazeñas! ¿ Con que solo sobrevivisteis para llorar los infortùnios y desolacion de vuestra patria? para ver arrancar de vuestro seno á los que os habian dado el ser, á los que

tenian los títulos mas sagrados á vuestra ternura? para verlos arrastrar de suplicio en suplicio, hasta el patíbulo? ¿ No llegó la cruéldad de aquellos monstruos, hasta el punto de ofrecer á vuestros ojos los palpitantes miembros de los ídolos de vuestro corazon, obligándoos á acompañar su bárbaro triunfo, mientras los paseaban clavados en las bayonetas por las calles ensangrentadas?

La conducta de las pazeñas

en aquellos dias de dolor, no se puede alabar lo bastante: en ellos, como en los de prosperidad, siempre fieles á sus principios, hicieron los últimos esfuerzos, ya para restablecer el simulacro de la patria, ya para aplacar la ira del desnaturalizado Coyeneche: con una mano remitian secretamente auxilios á los patriotas, con la otra prodigaban oro á los españoles para salvar de su venganza á sus conciudadanos. Antes, y despues de

la batalla de Guaqui, antes y despues de las de Vilcapujio* y Wiluma,* aunque observadas en sus menores movimientos, y vejadas por los espias de Ramirez, de Sanchez Lima,* del feroz Ricafort,* se

*Ganada por el general español Pezuela, el primero de octubre 1813.

*Pérdida por el general argentino Rondeau, el 28 de noviembre 1815.

*Gobernadores españoles de la Paz.

*Brigadier español, y presidente del sanguinario tribunal de purificacion, establecido por Pezuela.

mantuvieron siempre firmes, siempre fuertes. Todavía despues del último desastre, que obligó al grueso del egército independiente á evacuar todo el alto Perú, tuvieron valor de mantener comunicacion con los vencidos, y siguieron contribuyendo á su reorganizacion. Unas equipaban y aconsejaban á sus hijos que pasasen á reunirse á aquellos, otras fomentaban la intrepidez de las guerrillas que habian quedado en las cercanías: todas

empleaban los mayores artificios, y apuraban su natural ingenio para engañar al enemigo y salvar la patria. Si nos abstenemos de nombrar aqui á las señoras de la Paz, que mas sobresalieron, es por temor de comprometerlas. ¡Quiera preservarlas el cielo para que vean libre á su pais, y para que publicados sus nombres, les ofrezca todo americano el tributo de admiracion y de respecto á que ciertamente son acreedoras!

Asi como en la Paz y Cochabamba, gustaba tambien en Potosí el bárbaro Goyeneche, de aplaudir desde el balcon de su casa los horrorosos atentados con que ultrajaba á la naturaleza. Asi en aquellos lugares como en este último, se complacia su enconosa rabia, en hacer que los presenciasen las inocentes compañeras de sus víctimas. El sábio mineralogista, el justificado Matos fue una de las que alli tuvieron que espiar el delito de

haber sido útil á su patria con sus conocimientos, y honrándola con sus virtudes. La esposa de aquel hombre meritorio participaba de sus sentimientos, y debía segun las máximas que profesaban los tiranos, tener parte tambien en sus agonías. Un destacamento de soldados la condujo al lugar donde su infeliz marido debia exhalar su último aliento, y decirla el último adios. «Levanta la cabeza, orgullosa revelde;» (la decian

aquellos monstruos): mirale, mirale espira. Una muger comun no habria podido resistir á tan amargo trance; mas la esposa de Matos, no se manifestó indigna de él, aun despues de haber agotado el caliz de la adversidad y de la humillacion. Mi querido, (dijo con voz entera á su moribundo esposo), « tu me enseñaste á vivir; y ahora me enseñas á morir. Sube al cielo mártir de la patria; que yo no tardaré en seguirte. » Aun respirando

aquel, le separaron á hachazos la cabeza del tronco, la clavaron en una pica á vista de su muger, y la llevaron en procesion por las calles de Potosí, hasta la casa del difunto, á cuya puerta la fijaron. «Sirva esto de escarmiento á tí, y á los que piensan como tú,» (le dijeron), echándola á empujones en su casa. Pronto vino la muerte á libertarla de su dolor, y de los insultos de aquellas fieras.

El enlace de los sucesos nos

conduce ahora á Cochabamba, teatro quizá el mas fecundo en acciones memorables de patriotismo y valor, que presentaban las Provincias Unidas. Con decir que el espíritu marcial de sus habitantes, ha contenido en gran parte los progresos de las armas victoriosas de los españoles en el alto Perú; y que insensibles á las incesantes y cada vez mayores crueldades de los tiranos, se sublevaron seis veces en masa, casi á la vista del

egército enemigo; con agregar que jamas ha logrado el gobierno opresor domarlos enteramente, y que desde 1809, hasta la fecha, han sabido sostenerse en parte, en el centro del Perú, incomunicados, destituidos de todo, sin mas auxilio que su arrojo, contra fuerzas infinitamente superiores; con decir esto, repetimos, ¿habrá quien quiera disputar la palma de constancia y heroismo á los cochabambinos? Las cenizas de las víctimas que

sacrificaba el despotismo, parecian engendrar nuevos defensores de los derechos de América.

«No, no defienden los injustos fueros
De un avaro señor, ni los palacios
De un déspota orgulloso. . . . .
. . . . Sus hogares,
Su rústica inocencia, sus costumbres,
* * * * * * *
Tales son los derechos que inflamando
Su puro corazon, á guerra eterna,
A la lid los provoca y la venganza.» *

Hemos traido á colacion los antecedentes hechos con el in-

* V. El Español Constitucional, No. XIV.

tento de poner aun mas en claro el poderoso influjo que tuvieron las mugeres durante esa carnicera é interminable lucha. Muy al principio de ella habian las cochabambinas demostrado con ardor su adhesion al nuevo órden de cosas. A la mano tenemos un sin número de rasgos eminentes y verídicos, que nos autorizan á asegurar que las señoras de Cochabamba han sobrepujado en virtudes, si posible es, á las demas americanas. Ellas

promovieron con su egemplo las ínclitas proezas de los hombres; han sido sus rivales; y se han inmortalizado por un denuedo que, en nuestro concepto carece de paralelo. He aqui una prueba.

Obligado el general Pezuela en 1815, á hacer un movimiento retrogado con el grueso de su egército por las operaciones del general Rondeau, y precisado á concentrar todas sus fuerzas para resistir á los patriotas, solo pudo dejar en

Cochabamba, una pequeña guarnicion de tropa veterana: todos los cochabambinos, capaces de disparar un fusil estaban ya, ó incorporados contra su voluntad á las filas del enemigo, ó inquietándose en partidas de guerrilla; pero los mas se habian agregado al egército independiente. En resumen, en aquella ciudad solo quedaban (si exceptuamos á las mugeres, los decrépitos y niños), algunos vecinos españoles y la guarnicion. Esta fue

la ocasion que ellas elijieron para señar su patriotismo. Resolvieron apoderarse del cuartel de la tropa, y lo consiguieron. A pesar de no haber en todo el lugar un número de hombres suficientes para dar cuidado á los soldados, estaban estos recelosos y vigilantes por lo que ya sabian de la intrepidez de las mugeres. Aguardan ellas las sombras de la noche; y armadas del mejor modo posible, se presentan en buen órden, delante del

cuartel: intiman rendicion, y recibiendo por respuesta el silbido de las balas, acometen al enemigo: tres veces son rechazadas, y otras tantas vuelven al asalto; hasta que al fin logran tomar posesion de un punto fortificado con parapetos, y triunfan completamente. Tan generosas como osadas, trataron á los prisioneros con la mayor humanidad; y en sus propias caballerías los enviaron á disposicion del general Rondeau. Varias de las heroi-

nas murieron á consecuencia de las heridas que recibieron en el combate.

Victoriosos los españoles en Wiluma, volvieron á apoderarse de Cochabamba, y tomaron tan bien sus medidas, que lograron prender á doce de las señoras que se habian hallado en el ataque. Todas doce fueron condenadas á la horca; sus cuerpos descuartizados, y los pedazos colocados en jáulas de hierro, sobre altos palos en los parages mas

frecuentados de los caminos públicos, y al rededor de la ciudad. Todas doce conservaron una enerjía asombrosa: « Viva la patria, » repetian ya con el cordel ajustado; viva, balbutia su moribunda lengua. Es sensible que no háyamos podido adquirir los nombres de estas bellas mártires de la libertad, tan dignos de eternizarse.

Las señoras del Tucuman, las de Salta y Santa Cruz de la Sierra, merecen tambien ador-

nar las páginas de nuestra historia. Muchos testigos de sus gloriosas virtudes y hazañas, viven aun. ¡Ojala nos comuniquen cuanto sepan acerca de los pormenores de ellas! Nosotros las conocemos imperfectamente, y con sentimiento tenemos que ceñirnos á tributarlas el homenage de nuestra admiracion, en términos generales: dejando para mejor oportunidad el hacerlas justicia, con dedicar á sus acciones heróicas un capítulo separado.

La única vez que los españoles lograron penetrar al Tucuman, (en 1812) ¿no se debió en mucha parte la victoria á la cooperacion de sus denodadas hijas? ¿No se las vió en grupos de á caballo recorrer el campo y excitar el entusiasmo de los defensores de la patria? Jamas se olvidará la decision á toda prueba, que siempre manifestaron por la causa de su pais, las señoras Araoz, Molinas, y otras. ¿Es probable que alguna vez se piense en Santa Cruz,

sin recordar la devocion y entusiasmo de sus mugeres? Precisados repetidas veces los moradores de aquella ciudad, á emigrar para sustraerse á la venganza del enemigo, ellas les acompañaron á las ardientes y despobladas selvas de la frontera del Brasil; á las elevadas sierras y hondas quebradas del Perú; sobrellevando con resignacion en sus expediciones militares, enormes fatigas y privaciones, consolándolos y animándolos.

Durante los pocos meses que el general San Martin estuvo encargado del mando de los restos del egército argentino que se habian salvado de la catástrofe de Wiluma, recibia con regularidad noticias exactas de la situacion y fuerzas del enemigo, por conducto de una señora de Salta, cuya ciudad estaba á la sazon en poder de los españoles. Esta señora era obsequiada por el coronel Castro, americano iluso, que mandaba la vanguar-

dia de los realistas, y que habia contribuido quizá mas que otro alguno, á las desgracias de los patriotas, asi por su valor personal, como por el completo conocimiento que tenia del terreno en que se hacia la guerra. Pero su orgullo, sus esperanzas de ascenso, todo cedió á las lágrimas de sù amada, que de acérrimo enemigo de nuestra causa le convirtió en uno de sus mas decididos defensores. La mutacion de Gastro, habria puesto de

golpe término á la guerra, si un compañero no hubiese revelado el secreto. Descubierta la conspiracion, casi en el instante de estallar, fue preso aquel, y pasado por las armas.

Cuando el general San Martin hacia en Mendoza esfuerzos inauditos para formar el egército que despues libertó á Chile, halló en las mugeres (segun su propio testimonio) el apoyo mas firme. En aquella época aciaga de la revolucion, cuando los españoles eran due-

ños de Venezuela y Cundinamarca, de casi todo Mégico, del Perú y Chile, las señoras y las criadas de Mendoza, las hacendádas y las jornaleras, mozas y viejas se disputaban el honor de ser las primeras en mejorar la condicion de los defensores del pais. Las dificultades acrecentaban su entusiasmo: unas renunciaban á sus placeres, otras á las ocupaciones de que sacaban la subsistencia, para consagrarse enteramente al servicio de la

patria. Por medio de una suscripcion, lograron reunir un completo y magnífico servicio para el hospital: las delicadas manos de las señoras, prepararon las hilas, los vendages, etc.; las madres de familia, erogaban donativos cuantiosos para la manutencion, el aseo, y aun las comodidades del egército: sus casas eran talleres en que gratuitamente asistidas de las pobres, se cosian las camisas y demas ropa. ¡Qué humanidad no manifes-

taron á los emigrados de Chile, y mas tarde á los prisioneros de guerra españoles! Muchos existen aun; á ellos apelamos para que certifiquen la generosa compasion con que fueron tratados por las sensibles mendozinas. Entre las señoras que mas se acreditaron por sus virtudes, merecen particular mencion, la esposa del general San Martin,* las Cor-

* Doña Remedios Escalada de la Quinta, hija de Buenos-Aires, dió á las demas señoras el noble egem-

balanes, las Correas, las Ortizes, y otras varias.

Al otro lado de la cordillera, ofrece la guerra de emancipacion, resultados no menos admirables. Sacrificios sin número, igual entusiasmo y constancia, aseguran á las chilenas la reputacion de buenas patriotas. Despues de la funesta jor-

plo de vender sus aderezos de diamante y otras joyas, para subvenir á las necesidades públicas. V. Biografía del general San Martin. London 1823.

nada de Rancagüa,* ellas mostraron una resignacion egemplar, prefiriendo abandonar sus hogares, mas bien que someterse á sus bárbaros invasores. Entonces se convirtió su entusiasmo, inútil ya para excitar á los guerreros, en un esmero incesante para aliviar

* Los patriotas de Chile perdieron esta accion el primero de octubre de 1814; y en su consecuencia se posesionaron los españoles de todo el pais, de que tomó el mando el general Osorio.

los sufrimientos de sus compatriotas. En el paso de los Andes, atravesaron la nieve y padecieron las mas crueles privaciones con entereza. Durante aquella penosa emigracion y prolongado destierro,* ¿quién os igualó en actividad é industria, ínclitas chilenas, para

*No regresaron á Chile, hasta despues de la memorable batalla de Chacabuco, ganada por el general San Martin, el 12 de febrero de 1817. En el campo de batalla se halló una muger muerta de un balazo.

socorrer á los compañeros de vuestra triste suerte? Restituidas á Chile, ¿qué razon tenian los asoladores de vuestro suelo, para esperar la generosidad con que los tratásteis? Inexorables en la victoria hasta con el sexo débil, hallaron en él despues de vencidos, los mejores y mas tiernos abogados. El gobierno habria descargado repetidas veces, la espada de la justicia sobre las criminales cabezas de los españoles, y satisfecho la vindicta pública, á

no haber intercedido por ellos las mismas mugeres que tanto habian ultrajado con su inícua conducta.

Cuando ocupó Osorio á Chile, varios patriotas distinguidos habian tenido que quedarse ocultos, unos por sus achaques, y otros por falta de cabalgaduras para ponerse en salvo; mas habiéndose publicado una amnistía general, volvieron algunos al sèno de sus familias. De alli á pocos dias, cuando aquel gefe creyó

asegurado el fruto de su usurpacion, dió á conocer su perfidia y mala fe, é imitando á los demas de su nacion en su conducta respecto de los americanos, un mes despues de haber ganado la batalla de Rancagüa, hizo prender á los principales vecinos de la capital. Temeroso, empero de exasperar al pueblo, que impaciente sufria su yugo, no se atrevió á derramar la sangre de sus víctimas, y se propuso inmolarlas de un modo menos

violento, á fuerza de molestias y privaciones. Los mas acreditados patriotas, fueron enviados á la desierta isla de Juan Fernandez, sin permitírseles otro recurso para satisfacer las primeras necesidades de la vida, que una racion de soldado raso por persona; y negó á sus hijas y esposas, el permiso de consolarlos con su compañía. Cuarenta y seis padres de familia, ancianos los mas,* y acostumbrados á las

*No habia diez, cuya edad no pa-

comodidades de la vida social, fueron amontonados en dos pequeñas cámaras abordo de la corbeta de guerra española, *Sebastiana*, en donde no se les dejaba sacar siquiera la cabeza para respirar,* ni salir

sase de cincuenta años. Entre otros mencionaremos al sábio don José Antonio Rojas, paralítico de 74 años, que para moverse en su cama, necesitaba el auxilio de tres hombres: á don J. A. Ovalle, de 72 años, y en igual condicion que el anterior.

* En las puertas de cada cámara,

á desempeñar las mas urgentes funciones de la naturaleza. La infeccion del aire causada por el gran número de personas, y la acumulacion de inmundicias en tan estrecha habitacion, afectó de tal modo la salud de los deportadores, que si el viaje en lugar de una semana, hubiese durado dos, seguramente hubieran todos perecido.

habia centinelas con órden de hacer fuego á cualquiera que se asomase.

Desde 1813, estaba abandonado el presidio de Juan Fernandez, y solo servia de güarida á millares de ratas.* A estas iban los espatriados á disputar el terreno. ¡Qué perspectiva para las chilenas! Pero

*Era tal la abundancia de estos asquerosos animales, que puede asegurarse sin exageracion, que se comian la cuarta parte de los víveres que introdugeron los españoles para sus nuevos colonos. A millares se mataban, sin que por esto se experimentase una disminucion sensible.

el conocimiento de la miseria que las aguardaba, no pudo arredrarlas: cubiertas de luto se presentan aquellas tiernas hijas y amantes esposas, á los tiranos; no omiten ruegos ni cohechos; mas todo es vano para mover á compasion al empedernido Osorio y á sus satélites: á la prohibicion de acompañar á los obgetos de su cariño, se añadió la de toda especie de comunicacion con ellos, bajo los mas graves cas-

tigos. El dejar escapar á presencia de aquellas fieras los sentimientos que abrigaban, era bastante para exponer á las afectuosas chilenas á sus insultos.

Una sola muger pudo vencer las dificultades que se presentaban, y logró acompañar al destierro al autor de sus dias. Contrariando la órden expresa de este, que temia aumentar sus propios pesares con el espectáculo de los padecimien-

tos de aquella jóven, obtuvo á fuerza de lágrimas y ruegos, y valida de la amistad de Sir Thomas Staines, comandante de la fragata de S. M. B. la Bretona, que el capitan de la corbeta Sebastiana la permitiese seguir á su padre.

Era este el septuajenario D. Juan Henrique Rosales, ciudadano respetable, que habia llenado los primeros empleos en Chile, y estaba á la sazon muy enfermo. Rosario es el

nombre de su hija, de este modelo de amor filial, cuyos desvelos asi en la navegacion, como en el destierro, fueron incesantes para aliviar los padecimientos de aquel infeliz, que se habian acrecentado de resultas de una caida, que le obligó á hacer cama por espacio de seis meses. Cuando ella supo la derrota de los chilenos en Rancagüa, fue acometida de una enfermedad de nervios, que desde entonces la ator-

menta casi sin interrupcion; mas á pesar de esto, insensible á sus propios males, solo se acordaba de su amado padre. Con una solicitud infatigable, le hacia de comer en la isla, le lavaba y le curaba; con sus delicadas manos, labró la tierra para sustentarle; se despojó de su ropa para preservarle de la intemperie. En ranchos de paja destechados, expuestos á las lluvias que alli caen lo mas del año, á los re-

cios temporales que soplan de continuo, mal provistos de ropa, sujetos á una escasa racion de frijoles y charqui, pasaron aquellos desventurados mas de dos años con la mayor constancia, consolándose mútuamente; y la jóven Rosales animaba á todos con su egemplo.

A fuerza de dinero, lograron las chilenas burlar alguna vez la vigilancia del gobierno, y remitir á los desterrados víve-

res y ropa: una sola excepcion hicieron los opresores, concediéndolas permiso par extraer una limitada porcion de aquellos artículos. ¿Pero de qué servia? Lo que no robaban los conductores, lo guardaba el gobernador de la isla; y este y aquellos, con licencia superior, los vendian despues públicamente á precios enormes.*

* En otra ocasion, cuando dediquemos un artículo separado á la

A los dos años, se incendió parte de la poblacion de Juan Fernandez, y con ella el rancho que ocupaba Rosales y su relacion de las crueldades de los españoles en la América, detallaremos este hecho y otros muchos atroces. Por ahora, solo diremos que en aquella isla habian prohibido los gobernadores, só pena de muerte, la introduccion de lo mas mínimo: todo tenia que pasar por su mano: todo lo tenian monopolizado. Un 500 por 100, era poca ganancia. No extrañe, pues, que con sus robos y extorsiones, gana-

virtuosa hija, y lo poco que tenian adentro para su abrigo. Reducidos á dormir á cielo raso, renovó aquel anciano los

se uno de ellos, en menos de un año, mas de veinte mil pesos. No crean nuestros lectores, que no han presenciado los horrorosos crímenes de los españoles durante la lucha por nuestra independencia, que en este cuadro nos hayamos propuesto trazarlos : solo hemos insertado lo indispensable para nuestro obgeto, que es una imágen imperfecta de algunas de sus iniquidades.

ruegos, que repetidas veces habia hecho á su amada Rosario, para que regresase á Chile. «No, mi padre (contestó), la suerte de vmd., debe ser la mia. Permítaseme que siga acompañándole: no puedo separarme de vmd.: el pensamiento solo de abandonarle, me es menos soportable que la muerte.» Enternecido, accedió Rosales á su súplica; y ella continuó consolándole, hasta que la batalla de Cha-

cabuco, puso término á tan larga serie de infortunios. La providencia premió su afanes. Esta excelente hija, estimada de todos, goza en el dia al lado de padre y apreciable familia, del dulce espectáculo de ver libre á su patria.

Un poco antes de aquella accion, perpetró el gobernador español de Chilan, un hecho atroz en la persona de una señora. Doña María Cornelia Olivares, vecina de aquella

ciudad, se distinguia por su amor patrio. Sabido es, que en concepto de los tiranos no podia haber mayor delito. Sin embargo, contenido por el temor de la influencia que tenia la familia de aquella señora, en razon de sus muchos parientes y de su fortuna, se contentaron por algun tiempo con perseguirla ocultamente. Mas al fin, se sobrepuso el despotismo agonizante á toda consideracion. Cuando se supo

en Chilan que los libertadores estaban salvando los Andes, no le fue posible á la patriota Olivares, reprimir su entusiasmo. En medio de los enemigos, irritada mas que nunca por la tentativa de los independientes, tuvo ella valor de pronunciar públicamente sus sentimientos, sus deseos y esperanzas; y de pronosticar el glorioso éxito, que mas tarde logró aquella expedicion en la cuesta de Chacabuco.

Entonces la aprisionaron, la raparon el cabello y las cejas, y la tuvieron puesta en Chilan á la vergüenza pública, desde la diez de la mañana, hasta las dos de la tarde, cuyos ultrages sufrió con inalterable firmeza de ánimo. Su heroicidad fue premiada luego, por el supremo gobierno de Chile, el cual en decreto de 2 de diciembre de 1818,* declaró á

* Gaceta ministerial de Chile, de 5 de diciembre 1818.

doña María Cornelia Olivares, *una de las ciudadanas mas beneméritas del estado*, en atencion á sus sobresalientes virtudes cívicas.

Despues de la dispersion de Cancha-Rayada, acaecida el 19 de marzo de 1818, entró el general San Martin, muy enfermo á descansar, en rancho que se hallaba sobre el camino de la capital. Aun no hacia muchos momentos que estaba recostado, cuando la

señora de una hacienda inmediata, doña Paula de Jara-Quemada, se le presenta con el semblante encendido, los ojos despidiendo rayos, y le dice con vehemencia: « ¿ Con que ha sido vmd. desgraciado, querido libertador de mi patria? ¿le han batido los españoles? volverán á dominarnos esos crueles amos? ¿hay algun remedio?... Dígame vmd. por Dios, ¿ puedo servir de algo? Disponga vmd. de mis bienes,

de mis criados y peones, de mis hijos, de mi propia persona, todo lo sacrificaré gustosa en las aras de la patria.» San Martin atónito con la súbita efusion de los generosos sentimientos de aquella señora, logra al fin calmarla un poco, persuadiéndola que fiado en la proteccion de la providencia, esperaba escarmentar al enemigo en breve. Algo calmada, prosiguió: «Antes mandé el resto de mi ganado en auxilio

del egército; ahora traigo cincuenta de mis inquilinos, patriotas á toda prueba, para que los incorpore vmd. á sus filas. Tambien le presento aqui mis dos hijos con igual obgeto;» y volviéndose á ellos les dijo en un tono decidido, y fuerte: «Hijos mios, sabed que si no cumplis con vuestro deber, dejareis de llamarme madre: acordaos de que la muerte es preferible á la ominiosa esclavitud que nos

quieren deparar los españoles. Yo os daré el egemplo; seguidme, y vereis que sé olvidarme de mi sexo; vereis que arrostraré los peligros hasta el último extremo, antes que doblar la cerviz á esos malvados.» Y dirijiendo la palabra á San Martin: «Buen ánimo, mi general, el reves que vmd. ha sufrido, hará ver que somos dignos de ser libres: pronto acreditaremos á los invasores, que merecemos tener una

patria.» Aquel gefe tuvo que valerse de toda su afabilidad y destreza para persuadirla que se retirase á Santiago, por ser este el punto de reunion para reorganizar el egército.

Sentimos que nuestros límites no nos permitan referir ahora, todo lo que debe la América al entusiasmo y al desprendimiento que desplegaron las chilenas durante los preparativos de la expedicion, destinada á libertar el Perú.

Mientras tenemos la satisfaccion de hacerlo, baste decir que en esta, como en las épocas anteriores, sobresalen por aquellas cualidades, las Larraines, Trucíos, y Rosales; las Rojas, Vicuñas, y Perez; las Sanchez, Mascallanos, y Guzmanes.

Al mismo tiempo que los reveses y las glorias de las armas independientes despertaban en las Provincias Unidas y en Chile, todos los senti-

mientos delicados y heroicos, de que es susceptible el corazon de la muger, se agitaba tambien en Venezuela y Cundinamarca, la gran cuestion de si la América se hallaba, ó no, en estado de pertenecer así misma. Tuvieron entonces las mugeres de todas clases, ocasion de desplegar su civismo. Les fue ya permitido llamarse patriotas, y la trasformacion política, produjo alli los mismos efectos que en la

parte meridional del continente : su consagracion fue completa, unos mismos sus sacrificios, su constancia, su humanidad. Tanto mas laudable ha sido su conducta cuanto que en Venezuela y Cundinamarca, llegó á su colmo la medida del encarnizamiento de los españoles: los horrores de la conquista, no solo se renovaron, si no que se excedieron con mucho, á la manera de los tigres, derra-

maban la sangre de sus víctimas por placer: nada los saciaba.

« Ni el sexo ni la edad fue perdonada :
Los niños tiernos, la belleza misma,
Las gracias que desarman al soldado,
Todo sufrió sus vengativas iras. » *

A discrecion de los Montes, Sámanos, Zuazolas; de los Boves, Morales, Monteverdes;* perseguidas tambien

* V. El canto titulado « *Campaña de Bogotá*, » en la gazeta de este nombre de 18 de julio 1820.

* Algunos de los gefes españoles

por el bárbaro Morillo, cuando ocupó este todo el pais, ¿quién vió jamas desmayar á las hijas de Colombia? Los mas crueles tormentos, la muerte misma, en vez de apagar, aumentaban el sagrado fuego que ardia en sus pechos: á su alrededor espira-

que en Venezuela y Cundinamarca sobresalieron mas por sus horrendos atentados, hasta que vino Morillo á disputarles la preferencia en el arte de atormentar á la humanidad.

ban los héroes de la independencia; sus padres, sus hermanos, sus esposos é hijos, cuyos miembros mutilados se ostentaban en los caminos públicos: ellas eran de mil modos victimas de sus sentimientos: mas nunca pudo intimidarlas, ni lo exquisito de los tormentos, ni la vista misma del cadalso.

Mucho antes de la revolucion de Caracas, tenian los patriotas reuniones secretas

en aquella ciudad; siendo la principal en casa de doña Juana Antonia Padron, madre de célebres generales colombianos, don Mariano y don Tomas Montilla. A fin de burlar la vigilancia del gobierno, se valia aquella señora del pretexto de dar convites para poder celebrar juntas patrióticas, á que asistian, ella, sus hijas y amigas, y en las cuales se discutian y concertaban las medidas mas adecuadas para

libertar al pais del yugo peninsular. El entusiasmo de aquellas caraqueñas era tan grande que manifestaban francamenpe sus opiniones sin temor de peligro, y sin consideracion á ninguna dificultad; y sostenian que era preciso conseguir la independencia, ó perecer en la tentativa. Despues de efectuada la revolucion, han dado las hijas de Venezuela mil pruebas de patriotismo, que nos abstenemos de parti-

cularizar, pues que el hacerlo seria una repeticion de lo que queda referido de las americanas de otras secciones del continente. No ostante, citarémos el adios de la señora Padron á sus hijos, cuando iban á partir en defensa la patria. «*No hay que comparecer en mi presencia* (les dijo), *si no volveis victoriosos.*»

Batido el genéral Bolivar por el execrable Boves, á mediados de 1814, amagó este á

Caracas. En semejantes circunstancias, no quedaba á las patriotas otro arbitrio que el someterse á los ultrages de aquel monstruo, ó buscar un asilo en la fuga. La eleccion era dificil: prefiriendo lo último; escondiéronse muchas en el monte; y las que pudieron se embarcaron en las naves que habia á la sazon en la Guaira. Errantes de isla en isla; sin entender otro idioma que el suyo; agenas á sus

usos, costumbres y religion; las Montillas, las Tobares, las Palacios, y otras muchas señoras habituadas á la delicadeza y al regalo, sobrellevaron con la última resignacion todas las penalidades de un destierro, que duró mas de siete años. Las hijas de los primeros hacendados de Caracas, las de mediana fortuna y las que carecian de ella, todas indistintamente se vieron en la necesidad de trabajar con la aguja

para ganar su subsistencia; todas dieron egemplos de honradez y de virtud.

Cuando casi toda Venezuela fue subyugada en 1814, una caraqueña, la señora doña Josefa Palacios, viuda del benemérito general don José Felix Rivas, prefirió enterrarse viva, antes que soportar la presencia de los devastadores de su pais. Bajo los trópicos, sujeta á achaques de hidropesía, se mantuvo aquella venerable

señora por seis años, encerrada en cuarto pequeño acompañada de solas sus criadas; sin recibir otra visita que la del médico que la asistia, é ignorada de todos. El general Bolivar, que sabia su paradero, en la memorable entrevista que tuvo en Santa Ana con Morillo, le habló de aquella señora, y le suplicó su regreso á Caracas, y la persuadiese á salir de su encierro, y la pusiese casa por cuenta suya; en

suma se la recomendó del modo mas estrecho. Morillo, que pareció entonces arrepentido de sus crímenes, y querer reconciliarse con la humanidad que tanto habia ultrajado, cumplió la palabra que dió á Bolivar. Cuando volvió á Caracas, envió un edecan á manifestarla el encargo que el general Bolivar habia hecho á Morillo, y los deseos que este tenia de poder serla útil, y acreditar la sinceridad de sus

promesas. De nada sirvieron las invitaciones de Morillo, repetidas por su edecan y por otras personas. Su contestacion fue siempre la misma. «Digan vmds. á su general, que Josefa Palacios, no abandonará este lugar, mientras que su patria sea esclava; no lo abandonará sino cuando los suyos vengan á anunciarla que es libre, y la saquen de él.» Asi lo ha hecho. ¡Qué virtud!

En 1816, sospecharon las

autoridades españolas de Cumaná, que la bella Luisa Arrambide, confidenta de las patriotas á quienes habia prestado eminentes servicios, tenia inteligencia secreta con los independientes; y sin otro motivo, la condenaron á ser azotada en la plaza pública, hasta rendir el postrer aliento. «*Confiesa tus cómplices*,» le decian los verdugos despues de cada descarga: «*Viva la patria, mueran sus tiranos*,»

prorrumpia ella. El pudor tan solo pudo arrancar lágrimas á esta jóven, mártir de su patriotismo.

Mientras que el general Morillo se hallaba empeñado en el sitio de Cartagena, los habitantes de la isla de la Margarita levantaron el estandarte de la libertad, con un heroismo, de que la historia presenta pocos egemplares: capitaneábalos el general Arizmendi. La esposa de este, doña Luisa

Cáceres, se hallaba á la sazon en la capital de la isla, llamada la Asuncion, dominada por las armas españolas. Luego que el comandante enemigo en aquella ciudad tuvo noticia de la insurreccion de Arizmendi, hizo llamar á su linda esposa, que no contaba mas de 19 años; y la mandó que escribiese á su marido, incitándole á traicionar la causa que habia abrazado, y ofreciéndole no solo el perdon, si-

no recompensas á nombre del rei de España. Aquella jóven se negó resueltamente á dar semejante paso; y en consecuencia, la enviaron presa á Caracas. Alli volvieron á instarla para que escribiese á su marido en los términos ya indicados, mas su constestacion fue siempre la misma. Cargada de prisiones, encerrada en un oscuro calabozo, no por eso desmayó su constancia. Al cabo, la anuncian que seria

condenada á pasar á España bajo *partida de registro* * si no se prestaba á los deseos de

* Castigo muy comun, que empleaban los visires españoles en América, para deshacerse de aquellas personas que creian perjudiciales á sus intereses. Los condenados á esta pena, eran por lo regular encadenados durante la navegacion, y tratados bárbaramente. A su llegada á España, iban á aumentar con solo el informe del mandatario que los remitia, el número de los desdichados que gemian en los pre-

la autoridad ; y tomando la máscara de la compasion y la indulgencia, los satélites del despotismo, la pintan con los colores mas vivos cual era la suerte miserable que la aguardaba en caso de ser ostinada;

sidios de la Carraca, Ceuta, etc. De este modo fueron trasportados y tratados, el hermano del inca Tupac-Amaru durante mas de treinta años; el general Miranda, que murió en uno de aquellos; el ilustre don Antonio Nariño, y infinitos otros americanos distinguidos.

la amenazan con separarla para siempre de los suyos, y de su esposo mismo, que no tardaria en ser sacrificado á la justicia; la halagan, haciéndola ver cuan diferente podia ser, por el contrario, la fortuna de ambos, si ella hacia lo que se le pedia, y él entraba en su deber. «Su deber, contestó, es servir á su patria y libertarla: me congratulo de que así lo haga; y la esposa de Arizmendi, no olvidará jamas lo que

debe á sí misma, lo que debe á aquel nombre, aconsejándole un crímen. Enviadme á España, ó donde gusteis; en cualquier lugar, en cualquiera situacion seré feliz si poseo la estimacion de mí propia; si sé que mi marido ha vengado los ultrages de nuestro pais, ó muerto como héroe.» En vista de su resolucion, la remitieron en efecto á la Península; y asi en la navegacion, como durante su residencia en Espa-

ña, sufrió las mayores penalidades, hasta que pudo fugar á Francia en 1817. De alli pasó á los Estados Unidos, y al siguiente año, tuvo la felicidad de abrazar á su esposo en Venezuela.

La insurreccion de Margarita á que acabamos de aludir, es de lo mas extraordinario que presenta la historia de nuestra revolucion. Atacada la isla repetidas veces, por el feroz Canterac, y por el

mismo Morillo, con mas de 3500 hombres; cuando los habitantes carecian de armas, de lo mas preciso á la defensa, son, sin embargo rechazados constantemente los invasores. Entonces fue cuando tanto se distinguieron las margariteñas. Como los patriotas eran en tan corto número, y tenian varios puntos á que atender, no podian ni sobrellevar la fatiga militar, ni proveer á su subsistencia en aquella isla tan

escasa de todo. Mas las mugeres vinieron en su auxilio; ellas labraban los campos de dia; y de noche, para que aquellos pudiesen descansar un rato velaban y hacian centinela. Llegó á tal grado su patriotismo, que se adiestraron tambien en cargar y disparar los cañones. A su valor, constancia y enerjía, se debió en gran parte el triunfo de los margariteños, quienes al cabo obligaron á Morillo á evacuar

toda la isla, incluso el castillo de Pampatar, dejando á aquellos valientes habitantes en el goce de su libertad.

En el sitio de la ciudad de Valencia, en la plaza de Cartagena, estrechamente bloqueada por mar y tierra, resaltaron igualmente el valor y entusiasmo de las mugeres: con su egemplo enseñaban á los ciudadanos á sobrellevar gustosos las mayores fatigas y escaseces. En Cartagena, trasformadas en esqueletos vivos

ya espirantes, exortaban á sus compañeros á perecer, antes que entregarse á los sanguinarios sitiadores. Reducida la plaza al último extremo, imitaron aquellas señoras el egemplo de las caraqueñas: todas las que pudieron obtener pasage se embarcaron; las Revollos, Narvaez, Lasas, y otras mil anduvieron errantes por las Antillas, sujetas á mil penalidades hasta 1812, en que los patriotas recuperaron á

Cartagena. Varias señoras que no lograron embarcarse, buscaron un asilo en los conventos, al tiempo que el enemigo se posesionó de la ciudad. Una de ellas fue doña Isabel Blasco. Esta jóven, llena de gracias, de amabilidad y de dulzura, debia prometerse que los conquistadores la tendrian alguna consideracion, pasado que fuese el primer ímpetu de su furia. En efecto, hallando los españoles que una gran

parte del bello sexo habia abandonado la ciudad ó estaba refugiado en los conventos, solicitaron entre otras, á la señorita Blasco, para que saliese. Sus atractivos la señalaban un lugar distinguido en la sociedad, de que era el adorno; mas su patriotismo la hizo renunciar á todo trato con los opresores, y se mantuvo encerrada en el retiro que habia elejido sin dejarse ver de nadie, no ostante las

reiteradas instancias de los gefes, hasta que Cartagena volvió á poder de los patriotas.

Al tender la vista por las escenas de América desde principios de la revolucion, se diria que sus hijas han revivido el siglo de las mártires. Constantes á toda prueba, pródigas como ellas de su sangre, las hemos visto sellar con esta en los suplicios, la independencia de su patria. Aqui, la sombra de una víctima ilustre

sale de la tumba para excitar la admiracion de todas las edades: es la de la virtuosa, la inmortal Policarpa Salavarrieta. Esta señora era natural de Bogotá; distinguíase por sus sentimientos patrióticos, que ni á los enemigos ocultaba, y no es extraño que llegase á ser el blanco de la rabia de aquellos desalmados. Toda la vigilancia inquisitorial del gobierno opresor habia ella burlado, instruyendo circunstanciada-

mente á los patriotas, dispersos por las tropas de Morillo, del estado de la opinion pública, de las fuerzas y operaciones del enemigo. Su amante, empleado por fuerza en 1818, en el estado mayor del egército español, la daba noticias de cuanto pasaba; y ella las trasmitia al general Santander, que entonces á la cabeza de unos cuantos bravos, se sostenia en la provincia de Casanare, en los confines de Vene-

zuela y Cundinamarca. Fuertes sospechas indugeron al virrey Sámano* á allanar varias veces la casa de nuestra heroina: por algun tiempo fue vano su empeño de encontrarla delincuente; mas habiéndose encargado aquel mismo jóven, con quien debia casarse en breve, de llevar una comunicacion interesante á los patriotas, fue sorprendido por

* Ultimo virrey de la Nueva Granada.

los enemigos en el páramo de Toquilla, y conducido á Bogotá con el cuerpo del delito, tomado sobre su persona. Luego que Policarpa supo esta ocurrencia, se presentó con entereza al virrey, y le dijo que su amante era inocente; que ella misma habia estraido los papeles, y persuadídole á que emprendiese el viage, pero sin imponerle del contenido de lo que llevaba. Interrogado el jóven conductor, sostuv-

al contrario, que él era el delincuente, y que aquella no tenia conocimiento alguno de sus intenciones. Confrontados ambos, se mantuvieron firmes en el propósito de salvarse mutuamente. Segun costumbre en estos casos, sentenciaron al jóven á sufrir la pena capital; y sentado ya en el banquillo, llevaron á la Salavarrieta á su presencia; la ofrecieron el perdon, y aun que protegerian á los dos, siempre

que declarase á los cómplices: mas los españoles no lograron otra cosa que renovar el conflicto entre dos corazones generosos que se amaban entrañablemente y que estaban decididos á todo sacrificio antes que traicionar la causa de su patria. Viendo los tiranos lo inútil de sus esfuerzos, para arrancar á almas de semejante temple un secreto de tanta importancia, ordenaron la egecucion del intrépido mensagero,

y le arcabuzearon en presencia de su amada. Volvieron á conducirla á la prision ; y constantemente se negó á revelar los nombres de las personas que en secreto estaban trabajando á favor de la libertad. En consecuencia, fue calificada de traidora, y condenada á muerte.

Su conducta, hasta el momento mismo de espirar, enseñó á sus verdugos el grado de enerjía de que es capaz el

verdadero patriotismo: solo la afligian las desgracias de su pais natal; mas la consolaban los servicios que ella le habia prestado, y la certidumbre de que pronto se veria libre, mientras su espíritu iba á unirse al de su amante. Cuando caminaba* al fatal lugar donde debia ser sacrificada, exortó al pueblo que lloraba desconsolado y triste, del modo mas enérgico. « *No lloreis por*

* V. Correo del Orinoco.

mi, les dice, *llorad por la esclavitud y opresion de vuestros abatidos compatriotas: sirvaos de egemplo mi destino; levantaos, y resistid los ultrages que sufres con tanta injusticia.* » Llegada al patíbulo, pidió un vaso de agua; mas observando que era un español quien se lo traia, se negó á admitirlo, diciendo: « Ni un vaso de agua quiero deber á un enemigo de mi patria. » El comandante del destacamento que la custodia-

ba, la instó entonces para que nombrase ella misma alguna persona de su estimacion que la hiciese aquel servicio. « Mil gracias (contestó), por una bondad que no puedo aprovechar, pues que el pasagero alivio de esta mi última necesidad podria quizás comprometer ante los tiranos á quien quiera que yo dispensase tal prueba de amistad...... Vamos á morir.» Un momento antes de darse la señal de egecucion, se

vuelve á sus crueles verdugos, y con espíritu tranquilo exclamó: «*Asesinos, temblad al coronar vuestro atentado, pronto vendrá quien vengue mi muerte.*» Tu prediccion se cumplió, ilustre cundimarquesa: desde la morada de los ángeles, te complaces en las glorias de tu patria: tu sangre pura fecundó su suelo: cada gota ha brotado un héroe; y todos ellos han heredado tus sentimientos. Por una coincidencia sin-

gular, el nombre y apellido de esta esclarecida jóven, se prestan á perpetuar la memoria de su heroismo en este bello anagrama.

« Policarpa Salavarrieta : »
« Yace por salvar la patria. »

Asombrados de semejante mezcla de heroismo y de barbarie, se vuelven nuestros ojos ácia el sur; escalan segunda vez los Andes; se elevan hasta su nevada cumbre; y se trasportan á la tierra de los anti-

guos incas. A lo lejos se aparecen clamando venganza los manes de Atahuallpa, de Tupac-Amaru, Pumacahua; los de Angulo, Muñecas, y otros insignes peruanos, víctimas de la ferocidad española. En las revoluciones emprendidas en 1783 y en 1814, tuvieron las hijas del Cuzco y de Arequipa, una oportunidad de señalar su patriotismo. En la descripcion que el doctor Funes hace de la desgraciada jor-

nada de Mananchili,* perdida por Tupac-Amaru; se lee: »Murieron en este combate, mas de 370 patriotas, inclusas las mugeres que peleaban como auxiliares de sus maridos.» El mal éxito de ambas revoluciones, atrajo sobre ellas todo ódio de los enemigos del nombre americano. Sin embargo, no por eso desistieron: no se hizo tentativa alguna ácia la

* V. Ensayo de la historia civil del Paraguai, etc. Tom. III.

libertad, que no contara peruanas entre sus partidarios: casi no hubo asociacion secreta en que no sobresaliesen por su ardor, en que no se haya prestado atencion á sus insinuaciones para promover la independencia. No pudiendo obrar á cara descubierta contra un gobierno sanguinario, que castigaba severamente todo cuanto contrariaba sus miras, recurrió el bello sexo á toda la astucia de que es capaz

para animar á sus compatriotas y protegerlos en sus desgracias. Las limeñas, bajo los ojos del cruel Abascal, y del fiero Pezuela,* arrostraron todos los peligros; se burlaron de la vigilancia de sus satélites; menospreciaron la insolencia de las guardias á fin de suavizar con sus socorros y cuidados consoladores, el infortunio de los prisioneros de

* Los dos últimos virreyes del Perú.

Casas Matas.* Ellas inspiraban à aquellos constantes americanos nuevo valor, para que no sucumbiesen bajo el peso de los indecibles males que sufrian.

Dió al fin la hora de la retribucion. Aparécese cual llu-

* Calabozos subterráneos donde jamas penetra la luz del sol, húmedos, estrechos, infectos; en que, en un clima ardiente, fueron encerrados durante siete años los patriotas que los españoles tomaron prisioneros en el alto Perú.

via al viagero en el abrasado desierto, la deseada expedicion libertadora: pisar la playa de Paracas, y despertar el adormecido patriotismo de los peruanos, fue obra del momento. A la manera de un torrente impetuoso largo tiempo contenido, asi rompió entonces el bello sexo todos los diques que el despotismo opusiera á sus sentimientos. La historia no dejará de referir á las edades futuras el uso que

hizo de su imperio: trasmitirá con fidelidad la relacion de su espíritu público: detendrá marabillada su buril, cuando llegue á individualizar las acciones con que selló su consagracion á la causa americana: ella le presentará, ya desprendiéndose de sus bienes, ya renunciando á lo que es mas caro á su corazon; ora excitando el entusiasmo de sus padres, de sus hermanos, esposos é hijos, hasta en el campo de Mar-

te; ora extendiendo indistintamente su mano bienhechora al enfermo y al prisionero.

Durante la gloriosa campaña que terminó en la ocupacion de la capital del Perú, se desenvolvieron de tal modo los fecundos y bellos gérmenes abrigados en el alma de la muger, que produgeron hechos sublimes. En la sierra y en la costa, en Guayaquil y en Huamanga, en Trujillo y en Tarma, donde quiera que re-

sonó el grito consolador de *libertad*, fue siempre mezclado con los melodiosos acentos del bello sexo. Aun en el territorio de que estaban en posesion los enemigos, habia mugeres que se sobreponian á todo temor para demostrar su adhesion á la justa causa. El siguiente hecho no necesita comento.

En un pueblo de la jurisdiccion de Pataz, sobre la ribera oriental del Marañon,

departamento de Trujillo, llegó una proclama del general San Martin á manos de una anciana, al parecer helada ya por el tiempo. Mas ¡cuánto engañan las apariencias! Hallándose esta respetable matrona en un territorio dominado por las armas españolas, á trescientas leguas de los libertadores, no vacila en poner al general San Martin una carta, en que, despues de desaogar su pecho del vivo amor

patrio en que se abrasaba, le dice: « Sé que te* faltan hombres y cabalgaduras: tengo un hijo único y cinco caballos; con estos y su trabajo me procuraba la subsistencia: en adelante, mientras tú libertas á mi pais de sus opresores, la buscaré yo. Ya va á emprender el viage para ponerlos con

*Las lenguas aborígenes, usadas por un gran número de los habitantes del Perú, carecen del equivalente *usted*.

su persona á tu disposicion. Esta es la orden que lleva, y va resuelto á no descansar hasta encontrarte. Admítelos, pues; empléalos en el servicio de la patria, que es á cuanto aspiro.» A los diez y siete dias de camino, por sendas excusadas y fragosas, logró el joven comisionado presentarse en el cuartel general, que estaba entonces en Supe.* San Martin

* Pueblo situado treinta leguas al norte de Lima.

le recibió con su acostumbrada afabilidad: mas cuando supo el obgeto de su venida, se enterneció, le abrazó, le colmó de favores, y pudo persuadirle á que regresase á consolar á su anciana madre. La persona que nos ha comunicado este rasgo sublime, ha leido la carta, y presenció la entrevista del jóven con el general; por desgracia, no se acuerda del nombre de aquella patriota, que no se insertó

entonces en los boletines del egército por no comprometerla. La misma persona nos ha asegurado que en los archivos del estado mayor, se encuentran muchas cartas y muy expresivas de señoras, que hacian cesiones de esclavos, mulas y caballos de género para vestir la tropa, y comestibles para alimentarla, y de todo cuanto tenian y creian necesario al feliz éxito de la empresa.

Entre las señoras mas dis-

tinguidas de Lima, y demas puntos del Perú libre por su adhesion á la independencia, debemos asignar un lugar preferente á las Avileses, Palacios y La-Rivas; á las Tellerías, Matutes y Lopez; á las Portocarreros, Boquis y Flores; á las Mancebos, Silvas, Canteras, Arandas, etc. Sus casas han sido los lugares donde los patriotas se reunian, cuando estaban bajo la férula del despotismo español: eran

otros tantos asilos para los perseguidos; alli se hacian las suscripciones para socorrer á los prisioneros de Casas Matas, y demas víctimas por la independencia: alli se estimulaba á los oficiales á abandonar las filas de la tiranía, y engrosar las de los libertadores. Doña Mercedes La Roza, ademas de excitar á su hermano don Pedro, para que fuese á unirse al general San Martin, le entregó sus alhajas para que las

vendiese, y para que habilitados con el producto de ellas, algunos de sus compañeros de armas, pudiesen practicar otro tanto. El resultado de los esfuerzos de esta y otras señoritas fue, que treinta y tres oficiales se pasasen de un golpe al egército independiente. Son dignas tambien de muy particular mencion, las señoras de Paredes, de Thorne, y de Pezet; doña Lucía Delgado, viuda del ilustre arequipeño Qui-

rós, y otras muchas. Las circunstancias político-militares del Perú, nos impiden ilustrar esta relacion con los nombres de un gran número de señoras patriotas, que se hallan en el territorio que todavía ocupan los enemigos.

Las hábiles combinaciones del general San Martin, el valor de sus compañeros, y el patriotismo de los peruanos, abrieron por último las puertas de la capital á los vencedo-

res de Chacabuco y Maipo. Su entrada fne triunfal: las limeñas en masa los recibieron con los brazos abiertos. Aprovechando con ansia la prime-ra ocasion que se les presentaba para expresar libremente sus sentimientos, lo hicieron de un modo digno de ellas. No explicaron su gozo con trasportes tumultuosos, ni con ademanes violentos: sus semblantes retrataban elocuentemente las agradables emocio-

nes que experimentaban, y sus graciosas figuras recibian nuevo realce.

A los dos meses de haber evacuado la capital, descendieron los españoles de la sierra, con el obgeto de socorrer los castillos del Callao. El 7 de setiembre estaban á media legua de Lima: el egército independiente cubria la ciudad; pero como no era posible que protegiese todas las avenidas, se dió asenso al falso rumor de

que una partida de españoles lo habian flanqueado, y se acercaba á la capital. Al describir el entusiasmo que en esta crísis se apoderó de la poblacion, dice la gazeta oficial:* «Ciudadanos de todas clases, inclusos niños y decrépitos, partidas de religiosos.... *grupos de mugeres armadas*, cuyos rostros indignados respiraban venganza, cubrieron en un momento la plaza ma-

* V. la de 12 de setiembre 1821.

yor..... otras, desde los balcones parecian decir, *nos hemos quedado aqui para imitar á las argentinas en la memorable defensa de Buenos-Aires contra los ingleses.*» En esta ocasion hubo una muger que llevó el arrojo al extremo de vestirse de hombre, y combatir sable en mano, en una partida volante de caballería, al mando del capitan Herran. Las esclavas tambien se distinguieron ; y en consecuencia, compró el

gobierno la libertad de varias. Hasta las monjas, cuyo instituto las excluyo de toda intervencion en la sociedad, participaron del entusiasmo de sus compatriotas; disputándose el honor de trabajar para los defensores de la patria. *

La consagracion de las peruanas, merecia que fuesen

* Las gacetas oficiales de Lima de 1821. Las mismas contienen otros muchos rasgos notables de la generosidad del bello sexo.

partícipes de las glorias y los honores de los campeones de la independencia. Cerciorado el gobierno de los importantes servicios que prestaron, no pudo olvidarlas al tiempo de manifestar el reconocimiento del Perú á sus libertadores. A imitacion de la órden del sol, destinada á recompensar el mérito de los hombres, instituyó otra para premiar á las mugeres. En la introduccion al decreto que la establece, se

lee: « El sexo mas sensible naturalmente* debe ser el mas patriota: el carácter tierno de sus relaciones en la sociedad, ligándolo mas al pais en que nace, predispone doblemente en su favor todas sus inclinaciones..... El del Perú no podia dejar de distinguirse por su decidido patriotismo, etc. »

Posteriormente, cuando la division libertadora mandada

*Gaceta del gobierno, de 12 de enero 1822.

por el general Alvarado, desembarcó en Arica, á principios del corriente año, volvieron las mugeres del departamento de Arequipa, á desplegar su patriotismo. «No es facil describir, se lee, en un periódico de Lima,* el extraordinario entusiasmo y amor patriótico que manifestó el bello sexo á la llegada de nuestra expedicion á las costas

* El Correo mercantil y político, de 15 de febrero 1823.

de Arequipa. Mugeres trasformadas en fieras, armadas de puñales, y en su defecto de palos, pedian á gritos descompasados el ser interpoladas en las filas de las falanges republicanas: otras penetradas de lástima y piedad, venian en busca de sus libertadores, trayendo en sus propias manos con que apagar la sed devoradora, y alimentar las desfallecientes fuerzas de aquellos.»

Tambien merecen entrar en

este cuadro de las virtudes del bello sexo americano, las hijas de Guayaquil, que con mucha propiedad se denominan las *georgianas de la América meridional.* Ellas han desplegado el mayor amor á la causa del nuevo mundo. Desde la primera insurreccion de Quito,*

* El patriotismo de las quiteñas en todas las épocas de la revolucion es bien conocido; y sentimos carecer de datos particulares sobre la materia.

en 1809, hasta la trasformacion política de Guayaquil en 1820, fueron constantes en sus sentimientos patrióticos. Hicieron alli como en los otros puntos, grandes sacrificios, rivalizando en desprendimiento y humanidad. Mas á falta de egemplos que citar, nos contentaremos con insertar un documento que, representando á las guayaquileñas unidas en un contraste señalado, puede hacernos calcular cuales habrán sido sus acciones ais-

ladas. En 1821, el teniente coronel Lopez, de la division auxiliar del general colombiano, Sucre, tuvo la bajeza de pasarse al enemigo,* con algunos soldados del batallon de su mando. Engreido el general Aimerich** con esta pasagera ventaja, y varias otras

*No es satisfactorio poder asegurar, que este es uno de los poquísimos egemplares de esta naturaleza, que ofrece la historia de nuestra revolucion.

** Ultimo gobernador español de Quito.

que habia obtenido antes, marcha sobre Guayaquil, y desde las inmediaciones de la ciudad se àtreve Lopez á dirijir una proclama á las señoras, exortándolas á que se decidan por la causa del rey de España, y se preparen á recibirle con su tropa. A tan insultante papel, contestaron las guayaquileñas en estos términos:

«¡ Traidor !* ¿Aun te atre-

* V. Patriota de Guayaquil, de 25 de agosto 1821.

ves á pronunciar los nombres de la inocencia y pudor, despues de haber profanado este suelo con tus crímenes? ¡ Cobarde! ¿ Las pequeñas fatigas de una marcha corta, te atreves á poner en consideracion de un sexo que las conoce y las desprecia? ¡ Hombre detestable! Tu lenguage es igual á tus intenciones; y el desorden de tus palabras, igual á la desorganizacion de tu alma corrompida. Huya para siempre

de ella la victoria, que seria el triunfo de los vicios, y antes de experimentar este dia de horror, pereciendo el último de sus defensores, las damas á quienes hablas, encendiendo con sus manos esta hermosa ciudad, sepultarán su honor y su decoro en las cenizas de Guayaquil. Agosto, 18 de 1821. Rocafuertes. Tolas. Garaicoas. Llagunos. Lavayenes. Ricos. Cambas. Calderones. Diaz. Gorrichateguis.

Luzcandos. Campos. Plazas. Merinos. Aguirres. Casilaris. Haros. Morlases. Gainzas. Roldanes. Carbos. Urbina. Jimenas. Elizalde. Icaza. etc. etc. etc.»

Es notorio que los patriotas de Mégico, apenas han tenido comunicacion exterior durante la larga y tremenda lucha que sostuvieron contra el despotismo peninsular. Nosotros lamentamos ahora aquella desgraciada circunstancia, por-

que nos priva de hacer la debida justicia á las beneméritas megicanas. Sin embargo, hay una obra titulada: «Memorias sobre la revolucion de Mégico,»* que contiene algunos rasgos patrióticos de sus hijas; y los extractos que de ella insertamos á continuacion, manifiestan que no se han quedado atras en la gloriosa

*Memoirs of the mexican revolution, and of General Mina; by W. D. Robinson. Lond. 1821.

carrera recorrida por sus compatriotas del Sur.

Cuando el señor Robinson hace justicia á las sobresalientes cualidades físicas y morales que los megicanos y demas americanos reciben de la naturaleza, y demuestra lo antiguo, lo universal y justo que es el amor que todos profesan á la independencia nacional, dice: « Tambien nos parece importante observar que toda megicana, casada con espa-

ñol ó con americano, es secreta ó abiertamente enemiga del sistema peninsular. De esta disposicion del bello sexo hemos tenido pruebas características, las mas asombrosas. El temor del castigo no ha reprimido de modo alguno su decidido patriotismo: durante la revolucion ha sido siempre fiel á la causa de la independencia, y en muchas ocasiones se ha distinguido por su valor é intrepidez. Cualquiera der-

rota de los patriotas, esparcia una nube sobre su serena frente y sus hermosos ojos, á la noticia de cada victoria, se llenaban de lágrimas de gusto, y brillaban con doble resplandor. Las canciones con que las madres divierten á sus hijos, respiran libertad y ódio al despotismo español. Pregúntese á un niño de cinco ó seis años si es español; y se le oirá contestar con indignacion: *no soy gachupin*, *soy americano*. Sin

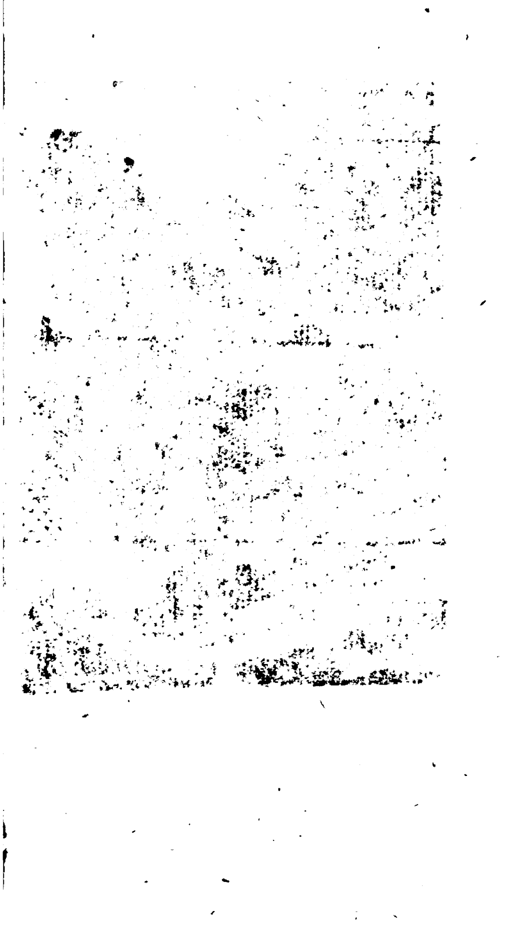
ser profeta, es facil pronosticar cuales serán las consecuencias de este loable esmero maternal. »

El general Mina, al internarse en Mégico con un puñado de valientes para reunirse á los patriotas, dejó una pequeña guarnicion en el lugar de su desembarco, para cuya seguridad habia hecho construir un fuerte cerca del pueblo de Soto la Marina, con el obgeto de poder mantener

asi la comunicacion con la costa. Cuando se supo, despues de la partida de Mina, que se aproximaba una considerable division española destinada á perseguirle, se activaron mas que nunca los medios de defensa. « El trabajo en un clima abrasador, era severo é incesante; .... todos estaban decididos á sostenerse contra el enemigo : hasta las mugeres de los campesinos, tomaron una parte activa, matando las

reses y preparando la carne. No encontrando, contra sus esperanzas, á aquel gefe, sitiaron los españoles el fuerte. Luego que el enemigo, aconsejado por un oficial italiano, que habia desertado de los patriotas, erijió una batería en la orilla derecha del rio que bañaba las fortificaciones, lo cubrió con infantería ligera de Fernando VII, impidiendo de este modo á los sitiados llegar á él á proveerse de agua

para el consumo diario. Al amanecer del dia siguiente, á este suceso hubo una calma completa, y el calor llegó á ser excesivo. Lo abrasado de la atmósfera, y los incesantes esfuerzos de la tropa, pronto hicieron insoportable la sed que la atormentaba, y aunque el rio se hallaba á pocos pasos, era tan vivo y destructor el fuego del enemigo, que ni el mas intrépido de los hombres, se atrevió á exponerse



para el cons[illegible] Al [illegible] amane[illegible] del [illegible] siguiente, [illegible] [illegible] [illegible] completa [illegible] llegó [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] esfuerzos de la tropa, pronto [illegible] insoportable la sed [illegible] [illegible] aunque [illegible] a pocos pa[illegible] era [illegible] y destru[illegible] fuego del enemigo, que ni el mas intrépido de los hom- bres, [illegible]



para aliviar tan urgente necesidad. En estas circunstancias una heroina megicana, viendo cuanto sufrian de desfallecimiento los defensores de la patria, tuvo el arrojo de adelantarse en medio de una lluvia de balas, y la fortuna de proporcionarles un poco de agua sin experimentar el menor daño. »

Algun tiempo despues de haber efectuado Mina su reunion con los independientes,

que entonces se hallaban en el último estado de desorganizacion, viéndose amenazado por el grueso del egército real mandado por el feroz mariscal de campo Liñan, creyó conveniente encerrarse en el fuerte de Sombrero. Los frecuentes combates con los sitiadores y las indecibles necesidades de los sitiados, redugeron últimamente la guarnicion á 150 hombres. En este extremo dió el enemigo un asalto, y al des-

cribirlo, dice el señor Robinson: «Muchas de las mugeres que aun quedaban, seguras del horroroso trato que las aguardaba en caso de caer en poder del enemigo, acudieron gustosas á reforzar los diversos puestos, provistas de armas arrojadizas; . . . . . mientras otras saltaban enormes masas de piedra encima de los asaltadores; los cuales, no pudiendo resistir á una oposicion tan vigorosa como ines-

perada, se retiraron con pérdida considerable.»

Nos será muy lisongero continuar trazando el cuadro de las virtudes de nuestras compatriotas; y como para ello tenemos ya acopiados algunos materiales mas, esperamos que los americanos auxilien nuestros esfuerzos, favoreciéndonos con cuantos hechos auténticos puedan sobre una materia tan interesante.

FIN.

OBRAS

RECIEN PUBLICADAS,

Que se hallan en la misma Libreria

DE LA VIUDA DE WINCOP.

	fr. c.
Diario de la isla de Santa Helena, que contiene cuanto dijo é hizo Napoleon en el espacio de diez y ocho meses, por el conde de Las Cases; traducido al castellano por D. J. Pagès, interprete real. Paris 1825, 8 vol. en-18.	30 »

Luisa de Clermont, por Mme de Genlis; traducido al castellano por D. J. Pagès. Paris 1825, 1 vol. en-18, con 5 láminas finas. 4 »

Carlos Barimore, por el conde de Forbin, traducido al castellano por D. J. Pagès. Paris, 1825, 1 vol. en-18, con lámina de color. 4 »

